

Rafael Castejón y Martínez de Arizala* (1893 -)



Mi tronco familiar es Martínez de Castejón, oriundo de Navarra. Parece que la rama andaluza vino a Córdoba por el siglo XVI, como tejedores de paños. Debieron ser mis antepasados cordobeses, casi siempre, industriales de no muchos vuelos. Creo que mi bisabuelo paterno tuvo un taller. Mi abuelo fue notable orfebre y llegó a tener uno de los mejores talleres de platería de Córdoba, del que llegaron a mí muchas noticias. Pudo dar carrera facultativa a muchos de sus numerosos hijos, entre ellos dos abogados de los cuales fue uno, Federico, mi padre. No deja de ser curioso anotar que el nombre de mi padre se debe a la visita que los famosos hermanos Krupp, Federico uno de ellos, hicieron a España, siendo mi abuelo Antonio

quien les acompañó en Córdoba y estableciendo con ellos vínculos industriales que pudieron haber transformado la industria de la platería tan tradicional en Córdoba. Ello fue por el año 1859.

Nací en Córdoba, el 23 de octubre de 1893. Fuimos numerosos hermanos. Mi madre era madrileña, hija de un ayudante de ingenieros de los que hicieron el Canal del Lozoya. En alguna ocasión fuimos trece hermanos vivos. De niño fui rudo y torpe. Mis primeros estudios me fueron muy difíciles, me costaba mucho trabajo aprender, pero a los quince años aproximadamente, al estudiar el quinto curso de bachillerato, noté un ágil despertar de mi inteligencia, que me hizo terminar ese grado con fama estudiantil. Anoto el fenómeno biológico porque es posible que muchas veces se destruyan vocaciones por no esperar el lógico desenvolvimiento de la mente. Desde entonces me fue muy fácil el estudio. Yo nunca he sido lo que llaman los estudiantes "un empollón", sino que con mis horas reglamentadas me ha sido muy fácil aprender, sin maestros especiales ni horas extraordinarias. Ya que hablo de maestros debo recordar con veneración al catedrático de Literatura del Instituto, que fue el notable poeta Manuel de Sandoval, que tanto entraba en el corazón del estudiante, y al catedrático de Historia Natural, el gran geólogo y prehistoriador español, D. Eduardo Hernández Pacheco, que vive todavía casi centenario.

Mi buen padre quería que fuese abogado, pero me gustaban mucho las ciencias naturales, y me decidí al fin por la carrera de Veterinario, que la podía seguir en Córdoba. Empecé bajo la égida de D. Calixto Tomás, condiscípulo de Cajal y gran formativo. Pude hacerla en tres años, porque entonces no era exigible el bachillerato completo, y constaba de pocas asignaturas. Durante ella, el ministro Alba hizo la reforma que introducía el bachillerato con un plan razonable de estudios, pero arrojó ese

* Notas autobiográficas del Prof. Castejón, escritas el 30 - IX - 1963, con motivo del homenaje que se le rindió con ocasión de la III Semana Nacional Veterinaria (Córdoba, mayo de 1964).

oprobioso sambenito de la intromisión entre nuestro profesorado de otros titulares, que todavía no se ha logrado evitar después de medio siglo, y que no tiene eficacia alguna.

Terminé la carrera de Veterinario el año 1913, y en el otoño del mismo ingresé en el Cuerpo de Veterinaria Militar, con la suerte de alcanzar el número uno de las oposiciones. Escogí destino en Córdoba, en la Yeguada Militar, establecida entonces en Moratalla, la gran finca del marquesado de Viana, en la estación de Hornachuelos, donde S. M. el rey Alfonso XIII venía a jugar al polo todas las primaveras. Fueron muy de mi agrado los servicios de aquel establecimiento modelo, dedicado a producir sementales de razas puras, con una oficialidad amable y correcta. Aparte la labor rutinaria, me fue permitido hacer varios ensayos, como el de tratamientos preparatorios de irrigaciones salinas para aumentar la fecundidad en las yeguas, completé las fichas zootécnicas de sementales y yeguas en libros genealógicos, redacté plan de mejora, combatí una grave epizootia de influenza equina (*Etiología de la influenza equina deducida de sus manifestaciones sintomáticas*, Revista Veterinaria de España, Barcelona, 1914), y describí la labor del centro (*Los Caballos de Moratalla*, Diario de Córdoba, 1914). Fruto también de mis trabajos en dicho centro oficial fue el artículo *Sobre la fecundidad del caballo*, publicado en Revista de Higiene y Sanidad Pecuaria, (Madrid, 1915).

Al cabo de un año fui destinado al ejército de Africa, en el Regimiento mixto de Artillería de guarnición en Melilla, en el que estuve dos años. Asistí a pocas operaciones militares, porque entonces se estaba en la campaña del paso del Kert, lo que me permitía después de mis obligaciones cuarteleras, aguzadas por una intensa epizootia de muermo en el ganado del regimiento, asistir a las clases de esgrima que daba en el Casino Militar el maestro italiano Bossini, discípulo del campeón mundial Pini, y a la clase de lengua árabe que daba Abdelkrim, entonces gran amigo y creo que espía a favor nuestro, y que después sería cabecilla de la insurrección rifeña del año 1921.

La atención del mundo en aquellos años estaba anonadada por la primera guerra mundial,

cuyas centelleantes declaraciones habíamos leído en la prensa de los primeros días de agosto de 1914 en los jardines de Moratalla. El paso del Estrecho y mi estancia en Melilla estaban llenos de submarinos misteriosos, de espionajes y contraespionajes, de aliadófilos y germanófilos, y de tantos rumores muchas veces absurdos de que están llenos los tiempos de guerra. Mi humilde personalidad de Veterinario segundo, equivalente a Teniente, dedicaba los ratos libres a escribir crónicas periodísticas para la prensa cordobesa, cuya afición me tuvo siempre cogida en sus redes desde mi más temprana juventud. Escribí por entonces *Los caballos del país del Atlas y Los ganados del Rif*, en Revista de Veterinaria Militar, y trabajos sobre inmunología basados en las explicaciones del profesor Relimpio, de la Universidad sevillana, en curso especial que le había seguido.

Mis aficiones a estudios de etnología animal dieron también fruto en *Los bóvidos de Andalucía* (Revista Veterinaria de España, 1917) y *La raza asnal andaluza* (El Cultivador Moderno, Barcelona, 1918).

Cuando cumplí tres años en el Ejército, pedí el retiro y me vine a Córdoba a desempeñar una modesta auxiliaría interina en la Escuela de Veterinaria, con catorce duros al mes, y a montar un modesto laboratorio de análisis y producción de vacunas para la ganadería. Era el año 1917. De mi etapa militar recuerdo con gran cariño dos figuras eminentes de la Veterinaria castrense. El coronel D. Eusebio Molina, Director de la Gaceta de Ciencias Pecuarias, ardoroso polemista, que me distinguió mucho y me alcanzó una Real Orden por mi trabajo sobre *Los virus sensibilizados*, y el teniente coronel Sánchez Vizmanos, correcto hombre de laboratorio que prestigiaba al Cuerpo en el Instituto de Higiene Militar, y del que recibí las mejores lecciones para obtención de sueros.

Mis forzadas horas de aislamiento en Melilla, de honesto retiro en mis trabajos, las empleé en muchos esbozos literarios y científicos, unos publicados y otros abortados, de los que no guardo ni el recuerdo, como buen español.

Ya firme en Córdoba procuré impulsar mi laboratorio y continuar mis aficiones periodísticas, alternando con mis estudios de Medicina

que no terminé hasta 1926. Para dar idea de trabajos contemporáneos, diré que fui el primero en Córdoba que hizo los serodiagnósticos clásicos, como la reacción de Wassermann, las aglutinaciones para detectar las enfermedades tíficas y brucelares, etc., que hasta entonces debían realizarse enviando las muestras de sangre a Sevilla o Madrid, hasta que se han multiplicado los buenos analistas. Me sugiere este recuerdo el de aquel buen D. José Amo, a quien tanto he estimado, fallecido a los 105 años de edad, que entre sus avatares médicos contaba haber sido el primero que puso en Córdoba una inyección hipodérmica, cosa que en su tiempo fue de una atrevida modernidad teórica y práctica y hoy constituye cirugía menor reservada a practicantes y enfermeros.

En mi laboratorio creo que preparé por vez primera en España las vacunas carbuncosas tipo pasteriano, sobre todo la de delicadísima preparación para la cabra. Por entonces la vacuna nacional anticarbuncosa la preparaba el Instituto de Alfonso XIII por el método Murillo. Aparte las vacunas y bacterinas corrientes, trabajé mucho en peste porcina, contra la que llegué a preparar una vacuna sensibilizada. El suero para la sensibilización lo conseguí a través de la Asociación General de Ganaderos, que ya importaba pequeñas cantidades de Norte América. Esto era por el año 1918, cuando la peste clásica hacía estragos casi comparables a la peste africana de hoy, y cuando nuestros maestros aún sostenían que las grandes mortandades porcinas las producía la pasterelosis pura, problema ya aclarado, pero que entre nosotros llevaba retraso provinciano.

Aunque mi orientación profesoral era zootecnia, y desempeñé la cátedra algunos cursos sustituyendo a González Pizarro, apenas se convirtieron en realidad las reformas del año 12 y salieron a oposición las nuevas cátedras, acudí a opositar la de Infecciosas, que salía unida a Inspección de Mataderos, y gané la de Córdoba, en 1921. Me había casado nueve meses antes, y durante las oposiciones en Madrid nació mi primer hijo en Córdoba. Me había traído un pan bajo el brazo.

No he sido un catedrático perfecto ni mucho menos. Me absorbía tiempo cierta febril actividad periodística y política. Fui Diputado pro-

vincial por Montilla-Castro en calidad de regionalista andaluz. Presenté mociones para construir hospitales nuevos, con la fórmula económica para realizarlos, que me votaron secamente en contra. Creo haber sido siempre un hombre constructivo y conservador, pero es peligroso en política tener criterio propio.

Entre mis muchas actividades periodísticas figuran en aquellos años la publicación de una revista mensual titulada *Andalucía Ganadera y Agrícola*, que creo vivió dos años (1926-27) y la redacción de una hoja agraria semanal en *El Noticiero Sevillano*, que por entonces había adquirido el notario de aquella ciudad don José Gastalver. En ambas fui publicando mis puntos de vista sobre las razas de ganados de Andalucía.

Hubiera sido gran deseo mío en aquellos años hacer trabajos de investigación en enfermedades infecciosas, a lo que me llevaba tanto la cátedra como el laboratorio particular, del que principalmente vivía. Pero nuestros laboratorios carecían totalmente de dotación. Valga un botón de muestra: cuando adquirí en la Escuela una modesta estufa de cultivos bacterianos, al finalizar el primer mes de trabajo me llamó cariñosamente el Director para pedirme que la apagara, porque el recibo mensual había sido de trescientas pesetas, que era aproximadamente el presupuesto anual de alumbrado y calefacción para todo el centro. Las irregularidades de la guerra europea, cuyas salpicaduras llegaron a nuestro país en forma de restricciones, supresiones de servicios públicos y otras anomalías, daban gas y agua sin presión, carencia de drogas elementales para trabajos bacteriológicos, etc. La cátedra era esencialmente explicativa u oral, con algún pequeño trabajo microscópico o serodiagnóstico. En definitiva para esto me había contratado el Estado. La fiebre investigadora comienza ahora con esperanzadoras promesas medio siglo después. Y en mi modesto laboratorio particular, harto hacía con superar aquéllas pequeñas y ridículas dificultades. Doy estas explicaciones públicas, porque han sido bastantes los colegas que de modo más o menos explícito me han reprochado no haber dedicado todo mi tiempo a la cátedra y la investigación. Para ello hubiera debido tener madera de héroe o de mártir que no es la mía.

Cuando fui madurando en edad, se me despertaron actividades artísticas o más bien arqueológicas, que me vinieron de la mano de mi amor a la patria chica, sobre la cual empecé a escribir de su historia local. Escribí la guía oficial de Córdoba, para el Patronato de Turismo, en 1919. La Real Academia de la Historia me designó miembro correspondiente en Córdoba en 1921. La de Bellas Artes de San Fernando en 1945. He sido miembro fundador de la Academia de Medicina de Córdoba en 1922, junto con otros once miembros, de los que sobrevivimos hoy el doctor Navarro y yo. Fui Director el bienio 1931-32 y publiqué una memoria de aquellas actividades. Otras academias y sociedades científicas y literarias, algunas muy raras, me han concedido análogos títulos, en España y el extranjero. Con ellos podría hacer una de esas relaciones meritorias que no se si deben enorgullecer o sonrojar, porque algunas son de mero intercambio, aunque otras sean, no por inesperadas, de bastante valía, tal como miembro de la Hispanic Society de Nueva York, o el doctorado en Filosofía por el Collège National de la Universidad de Ontario.

Gran parte de ese renombre ex raprofesional lo debo a mis aficiones arabistas, que en cualquier cordobés son innatas por el ejemplo vivo de sus monumentos y su historia. Por ejemplo, desde el año 1924 en que se formó una comisión cordobesa para seguir las excavaciones en las ruinas de la gran ciudad califal de Medina Azahara, inmediata a Córdoba, he pertenecido a esa comisión, y en ocasiones he sido, junto al arquitecto conservador, uno de sus principales pilares. He escrito memorias oficiales sobre ellas, una publicada, otra perdida, y numerosos artículos de vulgarización, lo que me ha dado fama de "ilustre arabista".

Recuerdo a este propósito la visita a Córdoba de un ministro de Instrucción Pública o Educación, que al oír mis explicaciones y visitas en temas tan diversos, no pudo por menos de preguntarme, como cosa rara, esa dedicación a caballos y ruinas. Mi contestación fue: señor ministro, como biólogo debo contestarle que cada ser es producto del medio en que vive, y como en Córdoba hay caballos y ruinas, a eso me he dedicado.

Volvamos a la profesión. A la caída de la Dictadura, siendo Subsecretario García Morente, fui nombrado Director de la todavía Escuela de Veterinaria, por sugestión de Ortega Gasset, que me honraba con su amistad, renovada todos los años cuando hacía a Córdoba su viaje primaveral en recuerdo de sus años infantiles, cuando su padre Ortega Munilla vino a dirigir el diario *La lealtad* del prócer cordobés Conde de Torres Cabrera.

Como Director de la Escuela pude impulsar la terminación del nuevo edificio de nuestro centro docente, que unos pujos justísimos de legalismo por parte de mi antecesor y maestro D. Gabriel Bellido, habían medio paralizado las obras. Impulsé los viajes al extranjero, recorrimos gran parte de España y empezamos a airearnos. Lo que hoy parece cosa corriente en becas, viajes e investigaciones no ha pasado de sueño en casi toda mi vida profesional. Nuestro extranjero visitado en aquella época fue Portugal y Marruecos en sendas excursiones involuables de profesores y alumnos.

La República nos trajo el auge efímero de la competencia zootécnica en el terreno oficial al ser creada la Dirección General de Ganadería, dentro del Ministerio de Agricultura, que yo había pedido en ponencia que me confiara un congreso o asamblea profesional trece años antes.

No cito el hecho como alabanza personal, sino para señalar la extemporaneidad del caso. Cuando yo hacía aquella petición pública, los propios gerifaltes de nuestra profesión, estimaban en gran mayoría, que ese cometido no era nuestro, como hay todavía eminentes veterinarios europeos en esa postura, aunque cada vez menos. De ello acaso podría contar algo el activísimo secretario de la Federación Internacional Veterinaria de Zootecnia, mi buen amigo y colega Carlos Luis de Cuenca. También he expuesto hace varios años mi opinión de que nuestro país necesita un Ministerio de Ganadería, independiente de Agricultura, como ya lo tiene alguno que otro, y creo firmemente que la grave crisis por que atraviesa la cabaña nacional no será superada hasta alcanzar aquella creación.

Por esta constante atracción mía hacia el aspecto zootécnico de la profesión, a pesar de mi

dedicación fundamental a los temas de patología infecciosa, y aunque mis directrices político-sociales no encajan del todo en los nuevos rumbos de la patria, al crearse en 1931 las Estaciones Pecuarias Regionales, acepté interinamente la organización de la andaluza, a la que instalé en nombre del Estado, como es natural, en una bellísima finca de los alrededores de Córdoba, a orillas del Guadalquivir, donde pronto surgieron instalaciones modernas, y se pobló de ganado de todas las especies, desde una sección hípica a un coto apícola, basándola en un criterio fundamental: definir nuestras razas indígenas y parangonar su explotación con las extranjeras de renombre. De lo que allí se hizo en espacio breve de tiempo tiene escritas memorias oficiales mi sucesor en el cargo Gumersindo Aparicio, fraternal compañero. Nuestra guerra cambió los rumbos del centro. Hoy es granja experimental agronómica o estación de los grandes cultivos de regadío, trueque que produjo la guerra.

Cuando Aparicio fue nombrado Director en propiedad de dicha Estación Pecuaria Regional, me fue ofrecida la Dirección lógicamente en interinidad también, de la Yeguada Nacional, la que yo había servido veinte años antes como Veterinario militar. Acepté con júbilo. He sido, a mi autojuicio, un especialista en cuestiones caballares desde mi juventud, aunque por ello me hayan sobrevenido ciertas desgracias. He llegado al extremo de sostener la tesis, aliando mis dos aficiones principales, que en la historia de la Estilística, el hombre ha hecho con los caballos como con las piedras, y hay caballos góticos y barrocos, mudéjares y románicos, como los sucesivos estilos de cada época. Sobre ellos he dado conferencias en diversos sitios (recuerdo Vigo, Jerez, Córdoba), que he resumido en publicaciones (Semana del Caballo en Jerez, 1944). Logré traer nuevamente la Yeguada Nacional a Moratalla, que estaba señalada para una rápida parcelación y asentamientos obreros, de que salvé a la hermosa finca, implanté mis criterios de fomentar las razas indígenas, porque en las extranjeras poco tenemos que hacer en plan experimental, y como aquéllo tuvo muchos vaivenes y duró poco, allí quedó el buen deseo, pero se construyeron hermosas instalaciones por el Estado.

Antes de dejar el tema zootécnico, quiero dejar sentado mi sentimiento por no haber sido acompañado en algunos empeños profesionales, y planteo la cuestión tanto por lo que pueda significar como recorte de horizontes facultativos, cuanto porque más gravemente pueda significar daño para intereses nacionales. Ya dejé antes constancia de mi creencia en cuanto a intereses pecuarios generales del país. Siempre he creído que la misión veterinaria alcanza hasta donde haya una aplicación animal, sea éste doméstico o no. En el seno profesional he sostenido en artículos y conferencias, no sólo los tres aspectos facultativos de nuestra profesión, el médico, el sanitario y el zootécnico, sino igualmente nuestro alcance hasta la abeja, el gusano de seda, el zorro azul y la chinchilla, el parque zoológico y la reserva de fieras. En la práctica y la teoría he defendido la misión del veterinario hasta en la construcción arquitectónica de la vivienda animal. He desempeñado el curso de Construcciones ganaderas desde que se implantó el doctorado en nuestras Facultades.

En 1932 fui nombrado delegado nacional en el X Congreso Internacional de Avicultura de Roma, en compañía de Castelló, Rof Codina y otros excelentes amigos y colegas. Inolvidable representación. Al estrechar la mano del Duce en el stand español, me apresuré a decirle que los veterinarios españoles habían asumido la dirección oficial de la ganadería del país, y le mostré nuestros gráficos y maquetas. Precisamente en Córdoba se acababa de montar una estación avícola de la que todavía hoy me siento orgulloso, y allí estaban las maquetas. Pocos días después, creo que en Verona, dijo el Duce que entregaría la ganadería italiana en manos veterinarias. No volvió a hablar más de ello.

En 1935, fui llamado a desempeñar la Dirección General de Sanidad, a lo que me daba opción mi doble título de Veterinario y Médico, en un llamado ministerio de técnicos, mixto de radicales y cedistas, que apenas duró cuarenta días. Me encontré el grave problema de los veterinarios higienistas y muchos más. Seguí fielmente al Subsecretario Bardají en desmontar los tinglados políticos y cuando preparaba una nueva Ley de Sanidad, la crisis me volvió a Córdoba. No debo silenciar la fidelísima asistencia de los inspectores generales de aquella Di-

rección (Cortezo, Orensanz) y los atinadísimos consejos de mi doble colega Pedro Carda, que tanto conocía aquel departamento por haber desempeñado la secretaría particular del mismo durante la Dictadura.

Durante la guerra, estando cerrados los centros docentes, y aparte otros avatares que no hacen el caso, emití informes oficiales, como el de lucha contra la fiebre aftosa que por aquellos años hizo nueva invasión peninsular, o repetidos diagnósticos bacteriológicos ante la sospecha de epizootia muermosa en diversos frentes, afortunadamente no confirmada, o aprovechamiento de carnes, como la de ballena que se consumía ampliamente en nuestras plazas africanas aprovechando la abundancia de aquellas pesquerías.

Sobre todo desarrollé ampliamente mi laboratorio, ya que la falta de productos extranjeros ponía en grave aprieto la sanidad de los ganados españoles. Instalé con recursos propios la producción de suero contra la peste porcina, problema resuelto hasta entonces en España por colaboración con laboratorios yanquis, que daban técnicos y métodos, y monté el necesario matadero industrial anejo, para el que tardé conseguir el aprovechamiento de los cerdos donadores de virus, con las garantías necesarias para la sanidad y la epizootiología. Monté en grande la preparación de sueros de caballo, en la que se pudo estudiar por primera vez en España un foco epizootico de anemia equina.

Hace unos veinte años vendí las instalaciones industriales de ese laboratorio y me reduje al desempeño de la cátedra. Hubiera querido escribir el texto de la asignatura, para liberar a los estudiantes de los extranjeros, y he llegado a publicar en revistas profesionales algunos capítulos, como los de clostridiosis, salmonelosis, paraplejias y poliomiелitis, con ciertas aportaciones personales.

Mis aficiones arqueológicas se han desarrollado conforme avanza la ancianidad, y junto con otras actividades localistas, me han llevado a la dirección de la Real Academia de Córdoba, vieja institución con siglo y medio de existencia, que me consume muchas actividades, como las de Delegado Provincial de Excavaciones Arqueológicas, o las de ponente permanente de la Co-

misión de Monumentos, o las de organizador de reuniones científicas, de congresos arabistas, de centenarios de hijos ilustres de mi ciudad o análogos. También por estos días el Ayuntamiento de Córdoba me he concedido la primera Medalla de Plata de la Ciudad y me ha nombrado su Cronista Oficial.

Ello no me hace abandonar los horizontes profesionales. En solícita petición, conseguimos en 1950 la creación del Departamento de Zootecnia, institución dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que dirijo, más que por mis actividades actuales, bien escasas, por mis iniciativas zootécnicas anteriores, en las que puedo afirmar que fui uno de los pioneros en la profesión, y sobre todo ayudado, en la jefatura que llevo del centro, por mis excelentes colegas Aparicio, Jordano y otros. Llevamos una decena larga de labor, que se condensa en la revista que publicamos *Archivos de Zootecnia*, cuya solvencia científica está citada con encomio como cualquiera otra de su altura. A propósito de publicaciones debo recordar que allá por los años veinte de este siglo, siendo presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia, edité enseguida un Boletín, órgano del mismo, en el que hay esbozos interesantes de ciencia, como la descripción y denuncia de infecciones de los ganados españoles no conocidas. Hoy publicamos los veterinarios cordobeses tres revistas: la que fundé en 1932 siendo director de la Escuela, titulada *Ganadería*, que después de nuestra guerra civil tuvo que cambiar su título por el de *Zootecnia*; la titulada *Boletín de Zootecnia*, que lleva el Profesor Medina, y los citados *Archivos de Zootecnia*, que prácticamente lleva el Profesor Jordano. En este Departamento de Zootecnia, dentro del C. S. I. C. se trabaja además por un plantel de jóvenes becarios, la mayoría de los cuales hacen salidas al extranjero para especializarse en estudios, y de los que se han formado especialistas únicos en España. Ultimamente nuestro Departamento ha contratado con la Dirección General de Ganadería la mejora genética de los ganados españoles, y en colaboración con los servicios de la Diputación Provincial ha adquirido un calculador electrónico, muy necesario tanto para estos trabajos, como para los de cálculo aritmético y contabilidad general, que será para Córdoba entera una eficacísima ayuda en

cuestiones económicas y administrativas.

Antes de terminar quiero señalar ciertas producciones vertidas en conferencia y artículos (Boletín de la Real Academia de Córdoba, La busca de la felicidad, n.º 48, 71, Biología de la guerra, 49, 87, El mundo en crisis, reunidos en tirada aparte, *Felicidad, guerra, mundo*), en los que desarrollo ideas particulares sobre biología social del hombre, y conferencias con los títulos de *Biología de la humanidad*, *Evolución biológica del hombre* y análogos, que he hecho con mucho cariño.

En el mismo orden de estudios evolutivos, tengo también una serie de trabajos que inicié precozmente, y que vienen a estar refundidos en Anales de la Universidad Hispalense, 1955,

bajo el título genérico de *La teoría etnográfica del aloidismo*, concepciones que siempre he considerado de enorme valor tanto para un mejor conocimiento de las teorías evolucionistas, como para un mejor aprovechamiento de los animales y mejora de sus razas.

Estas han sido a grandes rasgos mis actividades profesionales y científicas, de las que ciertamente algunas o muchas se han quedado por relatar, acaso por su menor cuantía, contadas a salto de mata y casi de memoria, descritas no por vanidad personal, que poco valen, sino como un ejemplo individual más de actividad humana, que en este caso no puedo ocultar bajo seudónimo, y que he desenvuelto durante mi vida oficial, que empezó un día como hoy, hace justamente medio siglo.

